

HISTORIA MUNDIAL Y PERSPECTIVA MUNDIAL

MARSHALL G. S. HODGSON*

RESUMEN:

La historia mundial es una forma particularmente adecuada para hacer frente al etnocentrismo. Los textos sobre historia general existentes hasta la fecha mencionan a China en uno o dos capítulos, mientras que dedican el resto de su tiempo a Europa. ¿Es esto debido a que solo Europa ha cambiado, a que solo han tenido lugar acontecimientos en Europa? Cualquiera que haya estudiado la historia de China le dirá que esto no es cierto. La historia de la cultura china es para la humanidad mundial moderna prácticamente tan importante, desde un punto de vista internacional, como lo es la historia de Europa. Sin embargo, cuando leemos "historia mundial", leemos principalmente sobre Europa.

PALABRAS CLAVE:

Historia mundial, etnocentrismo.

TITLE:

World History and World Outlook.

ABSTRACT:

World history has a value in breaking down our ethnocentrism. The up-to-date general histories mention China in one or two chapters, whereas they spend all the rest of their time on Europe. Is this because only Europe has changed, only Europe has had things happen? Anyone who has studied the history of China will tell you this is not true. The history of Chinese culture is as important, from an international point of view, to modern world humanity as is the history of Europe. Yet when we read "world history" we read chiefly of Europe.

KEYWORDS:

History, ethnocentrism.

***Marshall G. S. HODGSON** (1922-1968) fue un historiador especializado en el mundo islámico y en la historia mundial, y profesor de la Universidad de Chicago donde presidió el Comité sobre el Pensamiento Social.

Fragmento traducido con permiso de la editorial Cambridge University Press, publicado originalmente en BURKE, Edmund, *Rethinking World History. Essays on Europe, Islam and World History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Según una aproximación comúnmente aceptada, existe tanta población en China como en Europa continental; y más habitantes en China y Japón juntos que en Europa con Gran Bretaña. Es más, probablemente esta situación ha existido desde hace mucho tiempo, ya que todo el mundo reconocerá que China era una tierra civilizada incluso antes que Europa. El destino de China, pues, desde el punto de vista de los seres humanos, es en general tan importante como lo es el de Europa.

No obstante, existe una situación incongruente en nuestras ciencias sociales, y en particular en nuestros escritos históricos, que ha sido señalada alguna vez, pero sobre la que, hasta donde yo sé, nunca se ha hecho nada de manera eficaz. Los textos sobre historia general existentes hasta la fecha mencionan a China en uno o dos capítulos, mientras que dedican el resto de su tiempo a Europa. ¿Es esto debido a que solo Europa ha cambiado, a que solo han tenido lugar acontecimientos en Europa? Cualquiera que haya estudiado la historia de China le dirá que esto no es cierto. ¿Se debe a que la mayor parte de la humanidad vive ahora en una cultura europea, y que los patrones culturales chinos se han terminado?

Es cierto que Europa ha colonizado grandes áreas; pero la única población densa a la que dio lugar ha sido en Estados Unidos. Con todas sus colonias, Europa no posee mucha más población que China y Japón, cuya antigua cultura claramente no ha terminado. La historia de la cultura china, por tanto, es para la humanidad mundial moderna prácticamente tan importante, desde un punto de vista internacional, como lo es la historia de Europa. Sin embargo, cuando leemos "historia mundial", leemos principalmente sobre Europa.

¿A qué se debe esto? A mi parecer, existen tres razones principales. La primera resultará evidente cuando recordamos que los historiadores del "Reino Medio" consideraban a *China* como prácticamente el único actor en la historia mundial. El motivo de la exclusividad tanto china como europea es el mismo: un desacuerdo esnobista.

La segunda razón es más justificable: Europa ha tenido más influencia en China desde la Revolución Industrial de la que China ha tenido en Europa. De acuerdo. Pero, ¿lograremos una imagen real del mundo si estudiamos únicamente la potencia dominante y no los dominados? Al fin y al cabo, hasta hace muy poco —considerando lo que es la historia de la civilización— existía probablemente una influencia mayor en la otra dirección; y comenzamos a darnos cuenta de que esto volverá a ser así nuevamente.

El tercer motivo va al centro de la cuestión: nuestra civilización es europea, y por tanto estamos interesados exclusivamente en aquella historia que pueda decirnos cómo llegamos hasta aquí. En este caso, seamos honestos al respecto y dejemos de hablar de historia *mundial* o historia *general*, cuando en realidad queremos decir historia de los países europeos y sus colonias (en la que se han incluido algunas observaciones sobre el resto del mundo). Algunos historiadores

modernos, en efecto, hacen esto, pero no una persona corriente. Sin embargo, considero que no es cierto en absoluto que la historia *mundial* no sea de gran importancia para nosotros.

¿Cuáles son los propósitos de la historia? Existen muchos. Indudablemente, un propósito principal de la historia general, ya sea de toda Europa o de la civilización mundial, es ayudarnos a comprender la civilización de hoy, y a colocarla en su marco histórico —de la misma forma en la que un trabajador social, cuando asume un caso, primero se encarga de elaborar un historial lo más completo posible, que pueda servirle como guía—.

Sin embargo, ahora debemos darnos cuenta, aunque no lo hayamos hecho nunca antes, de que los europeos no estamos solos en el mundo: China, Japón, India, Egipto, Irán estas tierras desempeñan ahora un rol importante en las vidas de europeos y americanos, y quizás desempeñen un rol aún mayor en la época de nuestros hijos. Si hemos de remediar los infortunios de un país, hemos aprendido que debemos tomar al mundo entero en consideración. ¿Acaso no somos más bien ridículos cuando afirmamos que no nos hace falta una historia del mundo en su totalidad?

La crisis en los imperios europeos muestra una necesidad especialmente urgente de confeccionar una historia mundial. Un conocido autor analiza las causas del imperialismo europeo exclusivamente en términos de factores europeos internos. Pero, ¿podemos entender por qué Europa podía gobernar sin averiguar por qué el resto del mundo podía ser gobernado? ¿Qué éxito tendrá en estos momentos dicho escritor a la hora de comprender los resurgimientos generales pero diversos de las tierras dominadas, sin tan solo poseer un trasfondo europeo para su análisis?

Más aún, ¿es cierto que podemos entender incluso nuestra propia historia de Europa y de los europeos sin comprender su contexto en el mundo en su totalidad? Por mucho que los chinos estudiaran la historia de China, ¿podrían realmente comprenderla antes de darse cuenta de que no era el centro de la Tierra? ¿No podría decirse lo mismo sobre nosotros?

Hemos sabido desde hace mucho tiempo que “las Cruzadas trajeron a Europa el conocimiento de una cultura más avanzada” que la suya propia. ¿Basta con señalar los aspectos específicos que Europa aprendió, sin tratar de colocar las culturas europeas y de Oriente Próximo objetivamente una al lado de la otra en una única historia, en la que pudiéramos observar no solo qué detalles Europa adquirió, sino también aquellos que no supo aceptar, y lo que es más importante, en qué puntos coincidieron ambas culturas en su desarrollo? Al estudiar un país, existe el peligro de analizar todos sus acontecimientos en términos de ese país aisladamente, mientras que si miramos alrededor, contemplamos acontecimientos evidentemente relacionados en otros lugares, lo que demuestra que las causas y desarrollo no

pueden ser puramente nacionales, sino que deben ser internacionales. Asimismo, al estudiar Europa, ¿deberíamos asumir que no es arriesgado buscar las causas de los acontecimientos europeos únicamente dentro de Europa?

Me aventuraría incluso a pensar que si comenzáramos a estudiar la historia del mundo en su totalidad, y no del modo desequilibrado en que nos hemos empeñado en estudiarla, descubriríamos que la historia europea —en todas sus fases, social, económica, artística, religiosa— ha sido por lo general, al menos hasta hace poco, una parte *dependiente* del desarrollo general de la civilización. Al estudiarla bajo esa perspectiva obtendremos una nueva interpretación tanto de Europa como de la raza humana. No es aceptable negar categóricamente esta premisa; el único modo de demostrar su falsedad es estudiando la historia mundial desde este punto de vista, y observar.

Existe aún otra razón para estudiar la historia mundial como tal, incluso aparte de su valor como historia: su valor para derribar nuestro etnocentrismo. Lo que tengo que decir a este respecto podría ser dicho igualmente sobre la mayoría de las ciencias sociales, pero la historia mundial es una forma particularmente adecuada de hacer frente al problema. Los americanos hoy en día necesitamos casi tanto como cualquier otra cosa adquirir una comprensión razonable sobre la posición que ocupamos en el mundo moderno. Nuestra posición es sólida, sin lugar a dudas, pero precaria. Representamos tan solo alrededor del 6% de la población mundial. Hasta ahora, hemos alcanzado un mayor grado de industrialización que la mayor parte del resto del mundo. Pero India y China se están volviendo más industrializadas, y hemos descubierto, para nuestra tristeza, que Japón ya lo está.

Considere que la población del mundo puede ser dividida en cuatro partes aproximadamente iguales: 554.000.000 en China y Japón; 526.000.000 en India Anterior y Ulterior; 534.000.000 en Europa con Gran Bretaña; y 556.000.000 en el resto del mundo¹. Incluso todos los europeos y sus descendientes fuera de Europa suponen como mucho alrededor de un tercio de la población mundial. Los europeos hemos estado gobernando despóticamente al resto del mundo; las otras naciones ya están mostrando su objeción, y parece que sus objeciones probablemente aumentarán. ¿No va siendo ya hora de que abramos los ojos al hecho de que no somos las únicas personas del mundo que importan?

Los profesores y escritores de las ciencias sociales, especialmente los historiadores, pueden hacer mucho por proporcionarnos la perspectiva mundial que es necesaria. Y ahora es el momento de dirigir todos los esfuerzos hacia esta meta. Hay un mapa publicado creo que por el *New Yorker* que muestra a Estados Unidos tal y como es visto por esa ciudad. En dicho mapa, Manhattan es más grande que Illinois. Los habitantes de Chicago se ríen de eso, pero Chiang Kai-shek no se ríe cuando ve que los americanos poseen esta visión del mundo: América y Europa son muy grandes, y el resto es insignificante. ¡Tenemos que cambiar ese

¹ Estadísticas de la Liga de Naciones de 1941.

mapa!

No estoy sugiriendo, por supuesto, que a América y Europa les sea concedida menos atención en nuestras escuelas y bibliotecas que a China e India. Historias particulares de fases especialmente significativas para el lector son muy importantes. Pero, al igual que no escribimos libros de historia del Occidente moderno en los que Estados Unidos acapare tres cuartas partes de su contenido, de la misma manera no deberíamos permitir que nuestra demanda especial de historia americana destruya la oportunidad de que aprendamos historia mundial. Una historia general —ya sea un pequeño volumen destinado al público, o bien un curso cuatrimestral o semestral para el estudiante— es también necesaria para proporcionar un marco no distorsionado en el que se pueda encajar una historia particular como elaboración de alguna parte en concreto de la historia general.

Ahora bien, si es de suma importancia que nuestros historiadores y científicos sociales en general construyan una perspectiva mundial, “global”, entonces hay muchas cosas que podemos hacer al respecto. En concreto, deberíamos hacer dos tipos de cosas: primero, alentar la elaboración de una historia *mundial*. Considero que estoy en lo cierto al afirmar que no existe ni un solo libro de historia que intente presentar de modo unitario, sin una prominencia indebida de Europa, el desarrollo de la civilización por todo el Viejo Mundo². En segundo lugar, incluso si no puede llevarse a cabo en este momento, no deberíamos sabotear la posibilidad de que la gente piense en términos de un mundo “global” empeñándonos en seguir hablando en unos términos que proporcionan a las mentes no expertas una visión distorsionada del mundo, y que por tanto contribuyen a conservar las ideas desastrosamente provincianas que ya poseemos.

Las cuestiones que voy a mencionar a este respecto pueden parecer de escasa relevancia; y no serían importantes si el prejuicio que confirman no estuviera entre nosotros. Pero desafortunadamente lo está, y sin duda no resulta muy inteligente mimarlo y alimentarlo, aunque sea en aspectos menores.

Por ejemplo, el mapamundi de Mercator literalmente tiene el mismo efecto en nuestra distorsionada visión del mundo que el que el mapa del *New Yorker* tiene sobre los neoyorkinos. En la proyección de Mercator, Inglaterra, que en realidad es más pequeña que el estado indio de Hyderabad, aparece casi tres veces mayor que dicha región. Ello es debido a que Mercator exagera el norte —Norteamérica, Europa, Rusia— a expensas de áreas más al sur, como India u Oriente Próximo. Y son nuestros propios ya exagerados países los que tienden a estar en el norte. Puesto que existen otros mapas del mundo disponibles, basados en mejores escalas y que ofrecen la misma utilidad que el mapa de Mercator, parece una seria negligencia continuar utilizando un mapa tan distorsionado, en las aulas o en

² Quizás las cartas informales de Nehru deberían ser consideradas como historia regular, y por tanto una excepción más bien inadecuada. La obra de Toynbee es, por supuesto, un estudio, y no una historia narrativa.

cualquier otro lugar.

Existen, por lo tanto, tres tipos generales de expresiones que insto a evitar. En primer lugar aparecen aquellas relativas a la naturaleza geográfica de Europa, que elevan a esta península al estatus de continente. Geológicamente hablando, dividir Eurasia en dos continentes a partir de los Urales es absurdo. La península de la India es tan solo un poco menor que Europa, y presenta una división mucho más real con respecto al resto del continente. Si existe una división histórica entre Europa y el resto de Eurasia, es la línea que los griegos empleaban, aproximadamente en el centro de la "Rusia europea", donde la península deja de ser peninsular: puesto que ahí se ha encontrado, si es que puede encontrarse en algún sitio, la línea divisoria entre eslavo y "asiático central". Pero esta no es una división continental.

La razón por la que recomiendo que se abandone esta elevación de Europa a un estatus continental debería ser evidente. Un ejemplo divertido de cómo esto confundió a un escritor inteligente nos ayudará a aclararlo. Van Loon (tras señalar que resultaba absurdo emplear el término continente para referirse a Europa, pero sin querer negarle dicho estatus para no añadir más confusión), intenta comparar las posiciones históricas de "Asia" y Europa³. El autor sostiene que, mientras que los ríos de "Asia" fluyen "en cualquier antigua dirección", los de Europa discurrían todos directos hacia el mar —de ahí que Europa se expandiera y "Asia" no—. Esta afirmación podía haber tenido sentido si se hubiesen comparado áreas y poblaciones comparables —Europa con India o China, por ejemplo—, pero en ese caso toda la cuestión respecto a los ríos se habría evaporado. Van Loon podría ser alabado por no querer "añadir más confusión a la ya existente", si no fuera porque la confusión existente no resultara ya tan grande que difícilmente habría algo más que se le pudiera añadir.

Por lo tanto, con el objeto de evitar fomentar la idea de que Europa es un continente equiparable al resto de Eurasia, deberíamos: (1) no referirnos a "todo el continente" de Europa, sino más bien a "Europa continental" o "toda la península" de Europa; (2) evitar el uso de mapas que contengan una línea sin sentido a lo largo del centro de Rusia; (3) no hablar de "asiático" como si caracterizara algo especialmente concreto como sí lo hace "europeo" o "americano"; (4) escudriñar todo lo que decimos sobre "Asia" o sus subdivisiones para asegurarnos de que no estamos estableciendo comparaciones inaplicables a Europa o sus subdivisiones.

El segundo tipo de expresión que hay que evitar es la que habla de "oriente" y "occidente" como *mitades* complementarias de la civilización mundial. ¿Hay algo más absurdo que nuestro uso de la palabra "oriental"? La empleamos para referirnos a cualquier región, desde Argelia y Rusia hasta Java y Japón —es decir, prácticamente cualquier cosa no europea—. No obstante, parece evidente que no se trata de una única civilización, comparable a la "occidental", que sí muestra una

³ VAN LOON, Hendrik W., *Geography: The story of the world*, Garden City Publishing, Nueva York, 1940.

clara unidad.

Un breve estudio mostrará al menos tres grandes civilizaciones en “oriente”, tan distintas entre sí como lo son con respecto a Europa. Por ejemplo, mientras que Europa utiliza el alfabeto griego (y romano), Oriente Próximo emplea la escritura árabe, las Indias usan característicamente las letras hindúes y el lejano oriente utiliza caracteres chinos. Europa es cristiana, Oriente Próximo musulmán, las Indias hindúes y budistas hinayana, y el lejano oriente budista mahayana. Las culturas subyacentes son igualmente diversas en otros aspectos. La ecuación de “oriente” y “occidente” no solo supone que *nuestra* cultura es igual a la suma de las otras, sino que además ignora el hecho muy importante de que todos los no europeos no son en absoluto iguales. Probablemente sería mucho más razonable dividir el mundo en civilizaciones celestiales y bárbaras, como hacían los chinos, dado que la cultura china es quizá la más característica de todas.

Obviamente, determinadas cuestiones pueden atribuirse a Europa, y no a otras regiones; pero de la misma manera existen ciertos aspectos que pueden ser atribuidos a Islandia y no a cualquier otro lugar. Esto no implica que sea razonable dividir la cultura mundial en dos ramas: islandesa y no islandesa. La cultura de Noruega, por ejemplo, es mucho más cercana a la de Islandia que a la de Brasil. Es igualmente poco sensato crear una dicotomía entre occidental y no occidental. La cultura egipcia, por ejemplo, posee afinidades mucho mayores con la polaca que con la japonesa. Dicha dicotomía podría ser útil para unos pocos propósitos; pero su simplificación excesiva resulta tremendamente peligrosa si estamos intentando construir una perspectiva mundial.

Prácticamente cualquier ejemplo del empleo de las palabras “del este” y “oriental” muestran los peligros subyacentes, ya sea, como en un popular libro sobre estrategia reciente, en una argumentación para ignorar a Japón; o en caracterizaciones generales tales como “el aislamiento oriental de las mujeres” (¿es esto más aplicable a China que a Europa?); “la fatiga vital de oriente” (¿nadie ha oído hablar de Mahoma?), o cualquier otro rasgo oriental. Es asombroso contemplar cuánta gente realmente cree que “oriente es oriente y occidente es occidente” y que nunca se encontrarán. El General Gordon y C. F. Andrews no realizaron ningún milagro cuando se adaptaron a China o India; simplemente llevaron un poco más lejos el proceso por el cual un artista americano puede llegar a ser “más parisino que París”. La dificultad de un americano o un francés en comprender India es tan solo relativamente mayor que la de un americano comprendiendo Francia.

Por tanto, la necesidad no estriba solo en señalar que “oriente es tan bueno como nosotros”; sino más bien en deshacerse de la idea de que “oriente” es de algún modo una entidad cultural complementaria a la de Europa. De ahí que deberíamos, entre otras cosas: (1) negarnos a referirnos a estas o aquellas características como “orientales” —incluso cuando algún estudio meticoloso llegue a mostrar que esto es cierto en relación con todas las tierras “orientales” y con

ninguna tierra “occidental” (una situación infrecuente)— debido al peligro de apoyar la idea de que “occidente” es una realidad paralela a la suma de todo “oriente”; (2) evitar cualquier empleo de los términos “oriental” o “del este” de forma ambigua, y utilizar en su lugar del Lejano Oriente, Hindú, de Oriente Medio, africano, chino, etc.; (3) ser extremadamente cautelosos con el uso de los términos “del oeste”, “occidental”, etc.; (4) dejar de hablar sobre la “incomprensibilidad de oriente”, y referirnos, si es necesario, a la “incomprensibilidad de las culturas distintas a la nuestra”.

El tercer tipo de expresión que espero que evitemos es la que habla de Europa —o de los más directos predecesores de la cultura europea— como si siempre estuviera “en el centro del escenario de la historia mundial”. Así, he visto un mapa histórico, con fechas en la parte superior; barras en el espacio inferior dispuestas en paralelo a las fechas, colocadas para mostrar “el periodo de tiempo en que un pueblo es importante en la historia”; y puntos precediendo y siguiendo a las barras “para recordarnos que esas tierras estaban aún habitadas antes y después de que fueran el centro del escenario”. Egipto y Babilonia parten de la esquina superior izquierda, y se convierten antes del año 500 A.C en flechas y puntos que se extienden hasta el presente. Más abajo y a la derecha aparecen los hebreos y los griegos, luego Roma, después todavía más abajo y a la derecha, una barra doble de los musulmanes y las culturas europeas medievales, y en el punto más bajo de la esquina derecha, el occidente moderno. Puesto que las tierras al este del Indo constituyen más de la mitad de la población del viejo mundo, si el “centro del escenario” tuviera que situarse con algún grupo, ¿cómo podría ser nunca posible que estuviera al oeste del Indo? Es más razonable decir que *Europa* “estaba aislada de la corriente principal de la historia”, que decir que era India la que lo estaba.

En realidad, por supuesto, el mapa es una invención deliberada para ilustrar lo que el autor piensa que es el “lento camino de la civilización hacia occidente” —una ficción que ha resultado ser útil para algunos nacionalistas americanos—. La falta de solidez de la impresión que causa puede mostrarse señalando que la civilización musulmana, a la que gentilmente pone en el mismo nivel que la civilización europea medieval, puede encontrarse realmente en las mismas tierras que los babilonios y el antiguo Egipto (que en el mapa aparecen todavía como puntos) y por tanto no continúa, como el mapa intenta insinuar, el camino hacia “occidente”.

La insolencia de este mapa es increíble. A excepción de Grecia, que en el mapa parece más en Oriente Próximo que en Europa, y cuyos lazos han ido siempre, hasta el siglo pasado, hacia oriente más que hacia occidente, puede decirse que Europa ha producido muy pocas cosas de relevancia mundial antes de la Baja Edad Media; hasta entonces no existe el más mínimo rastro de civilización moviéndose hacia occidente. Incluso la vanagloriada Roma dependía de Egipto y del Mediterráneo oriental no solo para su trigo, sino para sus profesores y modelos.

Las ciudades más grandes y prósperas del Imperio se encontraban en el este, donde la civilización había estado siempre, y fue ahí donde la mayor parte de la ciencia y la cultura continuaba produciéndose.

No obstante, es más fácil de comprender el motivo de este mapa que su insolencia. Cuando hemos estudiado historia, siempre hemos estudiado cualquier cultura que estuviese más hacia el oeste —más cerca de nuestra Europa del noroeste—. Por tanto, cuando Grecia aparece en escena, centramos toda nuestra atención en Grecia, y después nos sorprendemos cuando, bajo el helenismo, otras regiones distintas a Grecia tienen mucho que aportar. Mientras tanto, cuando Italia había comenzado a civilizarse, trasladamos nuestra atención allí, sin volver nunca más al este del Adriático, sino más bien girando lo más rápidamente posible hacia los bosques de Bretaña, Galia y Germania (y se asombran de nuevo en la época de las Cruzadas al descubrir que oriente está más desarrollado que ellos).

Cuando la cultura cristiana al oeste del Adriático parece tardar en ponerse en marcha a pesar de su momento de brillantez inicial, decidimos entonces que una época oscura cayó sobre el mundo entero. Incluso osamos a afirmar que un caudillo que intenta superar dificultades locales es el personaje principal del mundo, en la época de Geber en Bagdad y la dinastía T'ang en China. El mismo Carlomagno no se hubiera atrevido a hacerlo.

Para evitar que se fomente la idea de que "Babilonia, luego Grecia, después Roma y más tarde la Europa del noroeste han ocupado el centro del escenario de la historia", los historiadores deberían, entre otras cosas: (1) dejar de hablar sobre el "mundo conocido", expresión que generalmente se emplea —conocido para la Europa provinciana—; (2) dejar de hablar de "Roma como dueña y señora del mundo civilizado" —o de "su mundo"—, puesto que una persona corriente no notará la diferencia sutilmente reconocida entre estas expresiones; (3) dejar de hablar de la caída del Imperio Romano, dado que solo se refiere a la pérdida de tres o cuatro provincias occidentales —recordemos que Roma se hallaba en manos del Imperio siglos después del tradicional 476, como lo estaba también la mayor parte de la costa mediterránea occidental hasta la invasión musulmana—; y (4) dejar de hablar sobre la Alta Edad Media como si fuera un periodo histórico.

Existen otros muchos puntos sobre los que debemos evitar alentar nuestro provincialismo, pero espero que tengamos en cuenta al menos estos a la hora de escribir o de enseñar. Mi deseo fundamental sigue siendo que alguien emprenda la redacción de un verdadero libro sobre historia, aportándonos una perspectiva sobre nosotros mismos, un marco no distorsionado en el que encajen nuestra propia civilización y nuestros tiempos.

*Traducido por **Rodrigo NÚÑEZ**, licenciado en Psicología por la Universidad Autónoma de Madrid, ha cursado el título en Estudios Internacionales y Europeos del Birkbeck College en Londres y, el Máster en Relaciones Internacionales y

Estudios Africanos de la UAM.

R E L A C I O N E S I N T E R N A C I O N A L E S



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950